

1948

INFLUENCIA DEL BARROCO EN LA FUTURA ARQUITECTURA PERUANA

VELARDE Héctor

“Podrá el barroco, el barroco que España trajo al Perú, ejercer una influencia estética de forma, plástica y ritmo, definida y perdurable, sobre la futura arquitectura peruana?”

Para que esta posibilidad resulte efectiva, para que pueda verificarse la hipótesis, debemos naturalmente plantearla, con el propósito de no imitar, de no repetir, de no recordar en lo absoluto el barroco cuando hagamos arquitectura moderna. Tal propósito parece hasta hoy difícil de cumplir en toda su pureza. O nos inclinamos aún a prolongar o a estilizar elementos y motivos más o menos barrocos, o pensamos expresa y deliberadamente, en suprimirlos, lo cual crea con frecuencia, un complejo de racionalismo extremo que nos lleva a menudo a la expresión de ese mismo barroco que hemos querido enterrar para siempre, aunque convertido en un funcionalismo forzado, torturado o de teatral escueticismo.

Pero vamos a suponer, para plantear el problema en toda su amplitud, que hayan pasado varios años, los suficientes como para que ya no existan aquellas inclinaciones y aquellos complejos, y que una arquitectura nueva y creada esencialmente por los nuevos factores sociales e industriales que imperan en la actualidad en el mundo constituyen nuestra arquitectura natural y corriente.

Dos aspectos se presentarán siempre en relación con la futura arquitectura de cualquier país:

1. La arquitectura será, como lo creen muchos autores y arquitectos, puramente maquinista, funcional, de belleza estrictamente lógica, de verdad pitagórica, de utilidad precisa. Su belleza será idéntica en todas partes como es igual la belleza de las máquinas y de las herramientas que tienen una misma función y un mismo empleo en diferentes lugares.
2. La arquitectura será, como lo creen igualmente muchos autores y arquitectos, característica, a pesar de su universalidad definida, con belleza diferente en cada lugar.

El primer caso supone que el estado social, la industrialización, la técnica, los materiales, etc., sean en todas partes iguales o tengan los mismos caracteres y finalidades y que, por consiguiente, a una misma función correspondan un mismo organismo y una misma expresión de belleza.

En el segundo caso se supone que, aunque la posibilidad anterior llegue a realizarse en forma absoluta, siempre existirá un factor de tradición, que defina la arquitectura de cada país, la diferencie y la haga característica. Todo el problema consiste, pues, en saber si se debe o no considerar dicho factor de tradición y hasta qué punto o grado podrá éste influenciar en estas diferenciaciones.

Al Perú, como a todo país con profunda y antigua tradición artística, esta cuestión debe interesar sobremanera. Es la verdad lo que buscamos y vamos a esforzarnos por vislumbrarla.

La palabra tradición, y no el concepto mismo de su raíz, es lo que fundamentalmente divide ambas tendencias estéticas de la arquitectura. Su superficial intervención conduce a dos posiciones extremas. La una quiere liberarse del pasado, la otra quiere prolongarlo; la primera atribuye a la tradición el atraso de la arquitectura en su incontenible evolución, los errores y falsedades que en ella se perpetúan; la segunda proclama que sin tradición la arquitectura se convertiría en ingeniería pura, perdiendo su valor humano de continuidad y diferenciación, y que privada de ese factor vendría el estancamiento mecánico, la repetición de las mismas formas, la serie y la igualdad que es el silencio del arte.

Para unos, la tradición trae consigo toda la "basura" del pasado y, con razón, aluden a la más reciente, fresca y abundante del neo-clasicismo y último período del barroco criollo, para otros, la tradición es tan respetable que consideran todo el pasado como valioso y bueno; se trata de una "basura" venerable...

Creo que la arquitectura es aún arte de equilibrio y que, por consiguiente, toda exageración en un sentido o en otro deja de tener espíritu arquitectónico para convertirse en brillante tesis literaria o en entusiasta doctrina filosófica. No hay que olvidar que ambas teorías pueden ser interpretadas en materiales de construcción.

Si examinamos cuidadosamente algunos argumentos que llamaremos antitradicionales y tradicionalistas extremos, creo que encontraremos en el fondo de ellos cierto acuerdo, un denominador común debido a la propia naturaleza de la arquitectura. Se trata siempre de un mismo problema bajo dos aspectos.

Estamos de acuerdo con los primeros cuando dicen que la arquitectura debe tener la función, la utilidad y la precisión de una máquina y que esa función, esa utilidad y esa precisión, son iguales en todas partes. Comparan generalmente este hecho con el mecanismo y perfecta forma industrial, en serie, de autos, aviones y herramientas. Lo que no está probado es que la expresión, la apariencia, de tales útiles y maquinarias sean iguales en todo lugar. Basta observar un auto francés y un auto americano, que tienen idéntica función, para darse cuenta de que su belleza es diferente. Lo mismo pasa con los aviones y hasta con las herramientas. Creo que en la arquitectura, máquina mucho menos precisa, la diferenciación sería aún más visible. ¿No estarán estas diferenciaciones incluidas en el factor que denominamos tradición?

Se pretende que los nuevos materiales de construcción constituyen otra razón de ruptura absoluta con el pasado. Estamos completamente de acuerdo en que los materiales nuevos imponen formas nuevas; lo que es de madera no debe aparecer como siendo de piedra si se desea hacer una buena arquitectura. Cada material tiene su arquitectura propia. Sin embargo, la arquitectura pétreo griega, la dórica, por ejemplo, la más respetada por los más intransigentes del primer grupo, proviene de formas de madera.... Luego, entre la arquitectura griega y la gótica, ambas excelentes y muy sinceras, existe un abismo de diferenciación, son formas opuestas, extrañas unas a otras, sin embargo, la una no es hecha de hierro ni la otra de arcilla; ambas son de piedra. Los ejemplos abundan. ¿Quién podría asegurarnos que nuestros flamantes concreto armado y acero no llegarán algún día a sugerir otros materiales transfigurándose en otras plásticas que no sean las que ahora les corresponden tan directamente? No tendrá la presencia de esta posibilidad, mil veces ratificada por la historia, algo que ver con la tradición?

Se considera, también muchas veces, como característica anti-tradicional de la arquitectura moderna, además de su mecanismo, el que por su naturaleza puramente revolucionaria haya podido y pueda ser por completo internacional. Creemos que, asimismo, fueron internacionales en sus mundos respectivos la arquitectura griega, la romana, la gótica, la renacentista, y, sobre todo, la barroca; en síntesis, todas las grandes arquitecturas que fueron expresiones directas de épocas determinadas. El mundo de nuestra arquitectura moderna es mucho más basto, pero el fenómeno es, en el fondo, el mismo. Más aún, el fenómeno no se limita a una simple universalidad; todas las arquitecturas internacionales han adquirido, sea inmediatamente o poco a poco, fisonomías, particularidades, expresiones y matices diferentes y constantes, según el lugar donde hayan surgido. Tarde o temprano, el nacionalismo, el regionalismo arquitectónico aparecen en la fórmula universal. Hoy podemos distinguir entre las más avanzadas creaciones arquitectónicas, diferentes características de forma, de ritmo, de juego de volúmenes que nos indican dónde nos hallamos si en Francia, Italia, Rusia o Estados Unidos. Este impulso oculto, pero incontenible, que define el lugar, el país, el genio de una raza a través de las expresiones de una misma arquitectura es, a nuestro parecer, el factor de tradición que nos ocupa.

Por otra parte, los que creen que la tradición consiste en prolongar formas y motivos pasados, generalmente recientes, copiándolos, estilizándolos o renovándolos, y se escandalizan porque no se respeta la continuidad de lo establecido, olvidan los ejemplos históricos. Cuando surgen épocas verdaderamente nuevas, ellas expresan su verdad con fuerza y sinceridad absoluta; la creación de formas distintas aparece y la novedad auténtica desplaza, destruye lo antiguo y se afirma. Es justamente gracias a estas creaciones que pueden existir la evolución y la vida. La tradición, en arquitectura, no es sino el continuo existir de sus formas armónicas y espaciales.

Los griegos del siglo V restauraron el vetusto y venerado templo de Corinto, empleando para ello, no columnas de tipo arcaico como lo haríamos ahora, sino colocando con decisión columnas de la nueva y gloriosa época clásica. El siglo V fue el del apogeo del arte griego. La verdad de sus formas primó sobre el respeto a lo establecido. Ejemplo extraordinario de autenticidad de época y vida nueva fue el que dieron Julio II y Bramante, en el Renacimiento, cuando ante el asombro de todo el mundo creyente, echaron por tierra la antigua basílica de San Pedro en Roma, joya del arte primitivo cristiano y reliquia máxima, para levantar en su lugar una nueva de otro orden arquitectónico; aquella que Miguel Ángel coronó después, como el símbolo del firmamento, con su cúpula eterna. Cuando uno contempla palacios e iglesias cuyas arquitecturas pertenecen a épocas diversas, en las que los elementos y motivos románticos, góticos, renacentistas y barrocos aparecen entremezclados, pero en una sola unidad de belleza, entonces se comprende qué es la verdadera tradición. La tradición no perpetúa

repetiendo, copiando, insistiendo en lo mismo con variaciones más o menos renovadas, la tradición no paraliza; eso sería la muerte. La tradición manifiesta en toda novedad creada. No se trata pues, de arrastrar del pasado "basuras" decorativas, ni tampoco de perennizar formas, elementos y modalidades que tuvieron su razón de ser y su vida. La tradición es algo más profundo que todo ello, y creemos que ya no debe ser palabra de discordia sino de entendimiento.

Estudemos ahora el factor que diferencia la belleza arquitectónica de un lugar a otro, que alarga su vida, que se prolonga más allá de las exigencias del material y de la estructura, que une y humaniza en el tiempo, que supera a la función y a la utilidad y acerca del cual pensamos que es la tradición misma. ¿De dónde proviene?, ¿qué es lo que le da cuerpo y dinamismo? La respuesta es muy sencilla. Todos la podemos dar: es el paisaje, la topografía, el clima; son los materiales locales, la raza, las creencias, las costumbres, las leyendas y la historia. Todos estos elementos son básicos y son ellos los que movilizan a la tradición; su suma y síntesis, en determinados lugares y momentos, adquiere una forma particular de expresión, una manera constante que los precisa, una armonía propia que los diferencia. La prolongación viva de estos aspectos a través de años y de centurias es la tradición, tanto más intensa cuanto más característicos y remotos sean los factores que la determinan. Por eso los países viejos, llenos de invenciones y de hechos humanos, son los de mayor tradición, y, en muchos casos, los creadores de arte por excelencia. La verdadera tradición requiere, exige, que haya siempre un futuro, algo por nacer, para poder vencer al tiempo y triunfar sobre el estatismo, lo invariable y lo inerte de la materia sin proyección ni contenido. Ahora bien, en arquitectura, ¿cuáles son las formas particulares cuyas armonías podrían expresar ese mágico factor de resumen, de síntesis y de duración? Son contornos especiales, proporciones, ritmos, equilibrio de masas, temas, colorido y hasta motivos que nacen con la expresión misma de dicho factor o que se adaptan y amoldan a fórmulas y armonías de arquitecturas importadas. Es notable el ejemplo del gótico cuando desciende a Italia y se torna latino; pierde su esencia estructural nórdica y se transforma en hermosa plástica mediterránea. Cuando los reyes católicos, Isabel y Fernando, expulsaron a los árabes de la Península se encontraron sin una arquitectura resuelta y propia para expresar su triunfo y su fe; tuvieron que expresarse en lenguaje moro y apareció el mudéjar. Francia, desde su arquitectura genuina medioeval hasta las creaciones modernas, pasando por todas las etapas del renacimiento y del barroco, conserva su línea inconfundible, de diafanidad, medida, elegancia, utilidad y agrado. Equilibrio admirable entre la estructura y la plástica. Lo genuino y las adaptaciones se confunden en una extraordinaria riqueza de matices. Cuando se poseen muchas fórmulas, como en el caso de Francia, cuando ha habido muchas asimilaciones a otras arquitecturas, el lujo y la variedad son muy grandes en una misma tradición; pero cuando no se ha conocido durante siglos sino una sola fórmula, un sólo marco, un único lenguaje arquitectónico para expresarlo todo, la tradición es la esencia misma de aquella fórmula, tiene los contornos de aquel marco, y el acento de aquel lenguaje se repetirá siempre como una nota musical característica en el concierto de las creaciones futuras. Esto es lo que sucede con el barroco que trajeron los españoles al Perú y con su influencia en nuestra arquitectura actual y posiblemente en la futura.

Cuando decimos que la arquitectura barroca que nos trajo España fue la única que hemos conocido, se entiende que se trata de una arquitectura completamente nueva, evolucionada y resuelta, expresión absoluta de su tiempo, alma y cuerpo de la forma plástica del mundo occidental de entonces; ella nos trajo en sus fuertes relieves y en sus ondulados recortes toda la civilización de ese mundo que nació en Grecia y que aún nos enseña a construir en cemento armado. El barroco con su elocuencia, con su amplitud de formas, con su elasticidad y su naturaleza sensual se adaptó admirablemente a nuestro medio, a nuestros materiales y clima, se hizo sensible al indio artista, se fusionó con la raza y con la pausada y milenaria megalítica arquitectura de los incas, tal y como las ampulosas formas de arcilla de nuestra costa yunga incorporaron sus infinitas melodías en la orquestación sinfónica y total del barroco. Fue una extraordinaria coincidencia. Si en lugar del barroco apasionado y movido, de expresión directa, hubiera venido una arquitectura más sabia, más hermética, más disciplinada, como la gótica o renacentista de la Roma clásica, jamás se habría producido la fusión admirable, la incorporación y vivificación de las armonías, los ritmos y hasta los motivos de nuestra arquitectura autóctona como fue realizada con la fórmula, el marco y el equilibrio plástico del barroco.

Luego, después de la arquitectura barroca, que dura prácticamente toda la Colonia no puede ya hablarse de otra que merezca, por su categoría, comparación con ella. Solo ahora, después de un siglo, comenzamos a producir una arquitectura de sello universal, que nace magnífica, potente de vida, fuerte, y de posibilidades extraordinarias: la arquitectura moderna.

Y aquí nos encontramos de nuevo frente al problema, planteado al comienzo, ¿podrá el barroco, el barroco que España trajo al Perú, tener una influencia estética en la futura arquitectura peruana? Después de todo lo expuesto creo que sería difícil negarlo. El barroco ha sido la única solución integral arquitectónica que hemos tenido y la que con sus juegos de elementos, armonías de masas, ampulosidad de volúmenes y dinamismo de siluetas, ha resumido y sintetizado fiel y absolutamente nuestro suelo, nuestra luz, nuestro mestizaje, nuestra fe

y nuestra sensibilidad. Hemos nacido a la civilización occidental con el barroco, nos hemos incorporado a ella gracias al barroco, nos hemos formado y hemos crecido en el barroco; la Independencia no hizo sino prolongarlo en el lirismo libertador; la República lo condujo a una pantomima de amaneramiento neoclásico y la época contemporánea lo muestra aún en contorsiones y adornos más o menos epilépticos de concreto armado. Pensamos todavía en barroco, nuestra "voluntad de forma" (no hemos tenido otra) sigue siendo, en el fondo, barroca. Es, pues, evidente que habiendo sido encarnados en esa arquitectura tengamos que continuarla haciéndola como ley de existencia: la heredamos y la poseemos fatalmente puesto que está dentro de nosotros. Esta es nuestra tradición plástica.

Ahora bien, ¿en qué consiste o consistirá la presencia de esta tradición en la arquitectura estructural, maquinista, de función precisa y de nuevos materiales que se ha definido en el mundo entero? Si pensamos en la esencia del barroco y en su comunión profunda con nuestra tierra, raza y formas indígenas, lograremos, seguramente, una arquitectura nueva, no de perillas, conchas y volutas, sino sencillamente más plástica que estructural, más movida que rígida, colorida, de ritmos horizontales y fuertes, de sombras y luces intensas, de juego macizo de volúmenes salientes y lisos. Creemos que así será nuestra arquitectura de mañana, internacional y peruana.

Algunos todavía consideran el barroco como arte decadente. Se trata de un prejuicio. Hoy el barroco está bien definido por grandes pensadores y estetas como una de las expresiones más extraordinarias, intensas y vitales del saber y del sentir humano. Es a la vez verdad, fuerza y refinamiento, es la plástica sincera y directa de una época rotunda que nace con Miguel Ángel, se eleva al cielo en Santiago de Compostela, se torna jugosa como fruta madura con el calumniado Churriguera y muere, convertida en galantería, en Francia. Como todo gran arte universal el barroco tuvo tres épocas definidas: la arcaica, la clásica y la decadente. No hay que juzgar a esta última como sinónimo de desenfreno ornamental y de mal gusto; fue más bien lo contrario: el barroco acabó en los salones como concluye una fiesta. Si murió en Postdam de pesadez y en Lima de remilgos, la culpa no fue, precisamente, del barroco. Para algunos el barroco quiere aún decir artificio, encajes y postizos, pero no deberían olvidar que vestidos con casacas bordadas, adornados con blondas y pelucas, con cortesía exquisita y pensamiento barroco, Newton formuló la ley de gravitación universal, Leibnitz, creó el cálculo infinitesimal, y Juan Sebastián Bach dio al mundo la esencia de la música. Muchos hombres fueron como ellos barrocos y plasmaron en barroco fundamentos eternos, vivos, sin los cuales no podríamos realizar nada de lo que hoy creemos novedoso y verdadero." Fuente: ARTÍCULO DE REVISTA: Velarde, H. (1948). Influencia del barroco en la futura arquitectura peruana. *El Arquitecto Peruano*, 120